

ALOCUCIÓN EN LOS 50 AÑOS DE LA LLEGADA DE SENSEI

de Raphaël Doko Triet

Mayo de 2017

Hoy todos podemos constatar el camino recorrido desde hace cincuenta años. Camino que se construye por etapas, movimientos, lentas derivaciones. Evidentemente, nada nace de cero, sino de una forma antigua.

La mía es la de mi maestro Taisen Deshimaru, y antes de él, aquella forma lejana del Buda Shakyamuni que el tiempo ha difuminado para así tomar otras formas sucesivas, que, a su vez, se difuminarán.

Gracias a nuestra práctica se actualiza silenciosamente la forma de Shakyamuni y todas aquellas formas, conocidas y desconocidas, que participan silenciosamente en ese largo caminar a través de los siglos.

Como un puzle, cuyas piezas encajan unas en otras, así son los numerosos pasos que convergen en nuestro templo y hacen que crezca. Tanto el templo material como el de nuestros sueños.

Por supuesto está el templo de la Gendronnière, estrechamente vinculado al maestro Deshimaru, querido templo de mi corazón, por el que tengo un cariño que no se puede negar. Está también mi templo en España, en Andalucía, al que quise nombrar como el templo de Sensei en Japón: *Seikyujji*: templo de la antigua pureza.

En mi ideal, situaba el templo de mis sueños en las montañas, al borde de un río... Pero nos ofrecieron este antiguo cortijo y este lugar se ha convertido en mucho más que un sueño: es nuestra realidad.

Cuando leo las recomendaciones del maestro Keisan para establecer un templo, veo que es lo opuesto al nuestro:

«Un lugar retirado en las montañas, ni demasiado calor ni demasiado frío en el que no haya demasiado viento.»

En nuestro templo, situado en la planicie agrícola andaluza, hace a menudo demasiado calor o demasiado viento. Sin embargo, estamos tranquilos por lo que respecta a la recomendación del maestro Keisan de que ese lugar debe mantenernos *«alejados de los poderosos y de los que se prostituyen.»*

Cuando nos instalamos en ese viejo cortijo abandonado en medio de los campos de olivos, nadie vivía allí desde hacía mucho tiempo. Con la creación de un templo, con nuestra práctica, la vida se instaló. Todos los años, en primavera, plantamos árboles y su sombra poco a poco nos protege; los pájaros han establecido en él su domicilio.

Este lugar nos es ahora muy grato y la práctica allí es maravillosa, incluso si el clima no siempre es fácil. Los olivos nunca son más plateados que cuando el cielo se oscurece y se levanta el viento. Es como un rugiente mar de manchas plateadas. El contraste entre la suavidad de las lomas del campo y la aspereza del clima es sobrecogedor.

En medio de las estaciones que soplan calor, frío, borrascas, surgen a veces momentos absolutamente deliciosos. En medio de esta tierra nuestra práctica se ha profundizado y ha dado sentido a este lugar.

Desde la muerte del maestro Deshimaru siempre he intentado mantener en equilibrio dos puntos que pueden parecer contradictorios pero que, a mi entender, no lo son:

- Por un lado la voluntad de no dejar mi calendario abierto en el día de su muerte el 30 de abril de 1982; convencido de que la fidelidad a la enseñanza de mi maestro solo se materializará a partir de la creatividad. Él, al mismo tiempo que manifestaba un profundo vínculo hacia la enseñanza de Kodo Sawaki, mantenía una gran libertad con respecto a él. Mantenía la frescura innata para sorprenderse y conmoverse.

- Por otro lado, siempre he intentado mantenerme fiel a la sencillez de su enseñanza: la más elevada verdad no puede hacerse realidad más que en la mayor sencillez.

Para concluir me gustaría recordar una anécdota que contó Étienne Mokusho Zeisler hace ahora mucho tiempo y que le había impresionado mucho. A la vuelta de un viaje a Japón que hizo con Roland Rech. Habían ido para llevar a cabo la ceremonia de Hossenshiki con Niwa Zenji.

La víspera de la ceremonia, Otsuka roshi, secretario de Niwa Zenji, vino a visitarles para recapitular los detalles de la ceremonia del día siguiente. La conversación giró en torno a los maestros respectivos. Cuando le tocó al secretario del maestro dijo: «Hace quince años que sigo a Niwa Zenji, durante todo este tiempo nunca me ha enseñado; y por ello le estoy infinitamente agradecido.»

Creo que cuando uno empieza a enseñar, quiere sin cesar educar, corregir, marcar el tiempo y a las personas con la propia impronta, influir sobre el ritmo de las estaciones. Al envejecer estoy convencido de que no hay que intervenir demasiado. Si nuestra práctica es la justa, lo que tiene que ocurrir, ocurrirá naturalmente.

Esta claro que nuestra vida de practicante está salpicada de acontecimientos de fuerte impronta de los que nos acordamos especialmente, pero están también la infinitud de pasos que cada miembro de la sangha lleva a cabo en la intimidad secreta y silenciosa de su vida. Las cosas ocurren cuando llega el momento, el momento de ese tiempo nos es desconocido, y cuando llega nosotros somos los primeros positivamente sorprendidos.

Ni las diferentes tierras sobre las que esta enseñanza se ha desarrollado, ni aquellos que la han llevado pueden reivindicar su paternidad; solo fueron un punto de apoyo, como la rama para el pájaro que lanza al viento su trino.

Por su sentido universal, y no por su tono chino, japonés ni europeo, este precioso dharma ha visto crecer sus gigantescas alas y así atraviesa todos los océanos.